



Vol. 13, No. 1, Fall 2015, 272-287

Debate

A desalambrar. Apostillas sobre la noción de “campo”

Leonardo Candiano

Universidad de Buenos Aires

Este trabajo pretende debatir, en base a actuales propuestas teóricas, los rasgos que ha asumido en los estudios en Ciencias Sociales desarrollados en América Latina el concepto de “campo” producido por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, en particular, a través de las discusiones existentes entre intelectuales y académicos argentinos respecto del término. Asimismo, parte de este escrito se centra también en la noción de “modernización”.

Considero que los conceptos, herramientas analíticas utilizadas por los intelectuales para estudiar la realidad, tienen su historia y sus luchas de sentido promovidas por agentes culturales envueltos en relaciones de poder con ideologías diferenciadas. Ejercer, por lo tanto, una continua revisión de los marcos teóricos con los cuales trabajamos, resaltar su historicidad, nos evita incurrir en cristalizaciones empíricas, simplificaciones de procesos complejos e interpretaciones especulativas que generan, las más de las veces, dificultades cognitivas, construcciones de estereotipos y

abstracciones que esmerilan la profundidad teórica de un término y lo convierten en palabra hueca que se repite sin sentido como un eco en el abismo.

Por ello, aquí se presenta una problematización sobre la deriva de los conceptos señalados sustentada en las propuestas de los ensayistas argentinos Omar Acha y Néstor Kohan, en conflicto con las posturas previas de Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Silvia Sigal y Claudia Gilman, entre otros.

Rastrillando el campo, otra vez

En su ensayo “La modernización difícil y el campo intelectual: dos categorías problemáticas”, perteneciente al libro *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual* (2012), el historiador argentino Omar Acha focaliza su estudio en un profundo cuestionamiento de los usos hegemónicos de la noción de “campo” construida por el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Allí recuerda que este concepto fue diseñado “para interrumpir los estudios biográficos e individualistas de la producción intelectual, así como para cuestionar las interpretaciones sociológicas que se mantenían en el exterior del acto creador y de su producto”¹. En este sentido, recupera el valor crítico que tuvo esta herramienta teórica en la historia de la conceptualización de la práctica intelectual al hacer hincapié en la fuerza reguladora que adoptan las condiciones institucionales y mercantiles en las que se producen los bienes simbólicos, hecho que, por otra parte, deriva de una mayor y más profunda especificación de las prácticas de una sociedad.

Desde esta mirada, los campos no conforman otra cosa que sistemas de posiciones objetivas en las que se sitúan los sujetos y, en ese sentido, ayudan a constituir y a enmarcar las expresiones subjetivas nacidas dentro de su lógica y que son incorporadas como “habitus”. Estos “campos” nunca son armónicos, sino que, por el contrario, se trata de espacios en permanente conflicto y luchas, una arena de antagonismos ideológicos y políticos.

¹ Omar Acha, *Un revisionismo histórico de izquierda* (Buenos Aires: Herramienta, 2012), 156.

Lo que se pregunta el ensayista argentino, basado en la experiencia académica de su país, es cómo se produjo la adaptación, expansión y dominio de este concepto en las investigaciones sociales y culturales, y qué rasgos tomó dicha apropiación. Su conclusión es tajante: prácticamente la totalidad de los estudios dedicados a la recepción de Bourdieu en la Argentina ubican los trabajos de los intelectuales Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo como instancias fundacionales. Acto seguido, Acha indaga en la manera en que ambos autores retomaron y aplicaron el concepto de Bourdieu:

Para Sarlo y Altamirano, aunque más activistamente en la primera, el concepto de “campo” fue una bandera de modernidad con un doble efecto. Al mismo tiempo que posibilitaba ir más allá de una concepción demasiado clasista del quehacer intelectual (por ejemplo en la historiografía literaria de David Viñas), cavaba una fosa con una noción para ella arcaica del intelectual comprometido/revolucionario (...). El uso del concepto tomado de Bourdieu tenía una consecuencia intelectual decisiva. Diluía en la diversidad de los campos la crucial noción marxista de una lógica capitalista condicionante de todas las prácticas. En nombre de la complejidad y la diferencia se podía desde entonces obviar la cuestión del capitalismo, o más precisamente, poner al capitalismo en cuestión. Esto último sería un “holismo” simplificador de las “autonomías relativas.”²

Efectivamente, en su artículo “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, publicado en la revista *Punto de vista*—Nº 25 en el año 1985—y en lo que es uno de los primeros escritos al respecto en el período posdictatorial argentino, Beatriz Sarlo remarca la “invasión” que habría sufrido el campo cultural por parte de la lógica política a través de un crítico balance del lugar subordinado que los intelectuales habrían aceptado ocupar en relación con la acción revolucionaria durante los años sesenta y setenta, cuando la teoría del compromiso sartreano, la de intelectual orgánico gramsciano o la de intelectual revolucionario gestada en Cuba, eran hegemónicas. En este breve texto la autora deja entrever una serie de conceptualizaciones apegadas a su contexto de producción específico, es decir, “la teoría de los dos demonios” y el discurso alfonsinista sobre la responsabilidad de víctimas y victimarios por lo ocurrido en el pasado reciente. Igualmente, más allá de las posiciones personales de quien fuera

² Omar Acha, *Un revisionismo histórico*, 159.

por otra parte una protagonista de la última etapa del período que analiza en tanto militante y activa participante de revistas culturales, allí se proponen una serie de rasgos característicos de la intelectualidad que luego serán retomados por quienes se dedicaron al estudio del campo intelectual, tanto por Oscar Terán (*Nuestros años sesenta*, 1991) y por Silvia Sigal (*Intelectuales y poder en la década del sesenta*, 1991), como por Claudia Gilman (*Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, 2003), donde esta tesis se extiende al contexto latinoamericano en general y al cubano en particular.

Como luego pasó a ser una generalidad en la crítica cultural, para Sarlo la relación entre literatura y política de los años sesenta y setenta terminó resultando en un menosprecio de la labor intelectual y en un *servilismo* de la cultura ante la política. Estos planteos sirvieron de apoyo para el desarrollo de la noción de “antiintelectualismo” presente particularmente en el trabajo de Claudia Gilman y repetido en el de Pablo Ponza, *Intelectuales y violencia política, 1955-1973* (2010).

Es en este sentido que Acha destaca que si Sarlo retomaba herramientas teóricas para propias batallas intelectuales derivadas de su coyuntura político-intelectual, con el tiempo su versión sobre el “campo” se popularizó como la mismísima propuesta del autor francés. De esta manera, el concepto devino descripción de la realidad y perdió así su profunda carga teórica original, pues si bien Bourdieu “[n]unca afirmó que hubiera algo así como un campo en la realidad (...) la historiografía adoptó como un hecho ese campo de autonomía y conflicto específico producido por la especialización de lo cultural, por la desagregación de las esferas de acción”³.

Al referirse al texto de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Acha profundiza esta perspectiva y remarca que los presuntos hallazgos de la autora también se afincan en una interrogación sobre la excesiva politización del campo de las letras cuando, en verdad, las formas de las experiencias durante el período que abarca su objeto de estudio—los años sesenta y setenta en América Latina—estaban raigalmente entrecruzadas. Según su postura:

³ Idem, 160.

Para los años sesenta y setenta se observa la artificiosidad de la noción de campo en un esquema modernizante, atento a detectar la invasión de una esfera por otra, y la yugulación de una obra valiosa (...). [L]as interrelaciones profundas con los movimientos sociales y políticos, arrasadoras para la tesis del “campo”, se esfuman ante la criatura conceptual adoptada del crisol progresista de Altamirano y Sarlo.⁴

Similar patrón de análisis, aunque con matices, observa en las formulaciones de Oscar Terán y de Silvia Sigal. De esta forma: “Lo que en Bourdieu fue propuesto como un concepto crítico, pues denunciaba las formas de dominación inherentes a los campos, pasó a ser una descripción ecuánime, y en su ceguera, devino apologética”⁵. Su propuesta al respecto es categórica, hay que revisar las herramientas de análisis:

Me pregunto si es válido un uso empirista y despolitizado de *campo* para ser empleado con liviandad para todo el siglo veinte argentino y latinoamericano, donde política, raza, clase y religión fueron constitutivas del quehacer intelectual. Debo decir que así utilizado me parece un obstáculo para comprender lo histórico.⁶

Esta posición entronca con la propuesta de Néstor Kohan en su estudio respecto a los debates en Ciencias Sociales en la década del sesenta en la Cuba revolucionaria, centrado en la experiencia de la revista *Pensamiento Crítico*. Allí el autor cuestiona—y en su diatriba, denuncia—a quienes se amparan en las distinciones de “campos” para cuestionar la politización cultural de los sesenta:

Durante los años ‘80 se puso de moda en la academia argentina y en otras academias latinoamericanas recurrir a la terminología del joven Pierre Bourdieu (principalmente la noción de “campo”, contrapartida en su obra de la noción de “habitus”) para explicar la génesis, desarrollo y consolidación de los grupos intelectuales. Manipulando a *piacere* aquellos textos de Bourdieu, algunos intelectuales ex marxistas (autodenominados en forma presuntuosa “postmarxistas”) legitimaban de este modo su *aggiornamento* y su ingreso a la socialdemocracia. “El gran error de los años ‘60—arriesgaban en sus *papers* académicos—fue no respetar la profesionalidad de los campos intelectuales. La política todo lo invadió”. Así, separando tajantemente al “campo” intelectual del

⁴ Idem, 161-162.

⁵ Idem, 163.

⁶ Idem, 163.

“campo” político fundamentaban su conversión en burócratas profesionales y tecnócratas académicos.⁷

Esta aguda crítica, que puede abarcar tanto a los alfonsinistas Juan Carlos Portantiero y José Aricó como a Beatriz Sarlo e incluso a Terán y Sigal, todos ellos partícipes protagónicos de las luchas político-culturales de los sesenta devenidos en demócratas progresistas en los ochenta, culmina con una postura antagónica a la expresada por tales intelectuales y llevada al extremo por Claudia Gilman y, también, por Pablo Ponza, por parte de Kohan, quien expresa: “La política (sobre todo la revolucionaria) no es algo *externo* a la cultura, como postularon estos ex marxistas que manipulaban malintencionadamente las categorías de Bourdieu. Es parte de la misma cultura”⁸.

No se trata, entonces, de observar aquellos momentos de profunda radicalización social como de una “politización excesiva”. Por el contrario, escindir *a priori* ambas esferas—cultura y política—de manera tajante lleva a parcializar de tal modo la mirada que impediría acceder a una comprensión del proceso en cuestión. Así, la distinción en “campos”, pertinente en lo que atañe a un estudio de las especificidades culturales, se convierte en excusa conceptual que permite descontextualizar lo que es un tipo particular de producción social. Si Bourdieu a través de sus análisis pretendió complejizar la interrelación constante entre el campo intelectual y el campo de poder para dar cuenta de la producción cultural de una sociedad determinada sin caer ni en determinismos sociales ni inmanentismos estéticos o culturales, muchos analistas posteriores utilizan sus herramientas críticas como *comodines conceptuales* para deslindar la política de lo cultural y promover una lectura de la producción intelectual extirpada del conjunto de relaciones sociales. De este modo, abjuran, con lenguaje académico y presunto fundamento teórico, de las relaciones entre arte y sociedad—o por lo menos establecen límites prefijados—incluso cuando propugnan discursivamente lo contrario, y, en el caso de los análisis de los sesenta y setenta, mutilan la cultura de la época, que tenía en lo

⁷ Néstor Kohan, “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” en *Crítica y Teoría en el pensamiento social latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO, agosto 2006): 400-401.

⁸ Néstor Kohan, *Pensamiento Crítico*, 401.

político una de sus partes constitutivas del quehacer intelectual. En una postura inversa a la señalada, Kohan culmina promoviendo, también en referencia al estudio respecto de los rebeldes sesentas y setentas latinoamericanos, la noción de que en aquella época se dio un *cataclismo epocal* y una transmutación tan generalizada de las normas que hasta ese momento habían guiado el ejercicio de las profesiones intelectuales que ya no se podía seguir separando más ni escindiendo las Ciencias Sociales y su estudio teórico de la lucha política.

Por todo ello, se sostiene en las perspectivas de Acha y de Kohan que la categoría de “campo” debiera complementar desde la especificidad cultural el análisis del intelectual inserto en la lucha de clases en el marco de la sociedad occidental capitalista en la que se encuentra, o en la revolucionaria poscapitalista en el caso cubano. En otras palabras, si Acha observa que, por lo menos a partir de los años ochenta, la noción de campo intelectual es parte del proyecto socialdemócrata de reescritura de la historia en clave progresista—atenida también a la búsqueda de una hipotética “modernización” de la sociedad—, de lo que se trata ahora es de revisar su uso para no subsumirlo a tales perspectivas de manera acrítica.

La “Modernidad”. ¿Resultado histórico de la lucha de clases o ejemplo de la ineluctabilidad del orden burgués?

El concepto de “campo” así entendido, forma parte del esquema *modernizador* de las sociedades latinoamericanas iniciado luego de la segunda posguerra mundial y desarrollado más enérgicamente desde mediados de los años cincuenta del siglo XX. La distinción cada vez mayor de esferas y disciplinas que se autonomizan se correspondería con la complejización de una sociedad avanzada y con su eminente “progreso”. Desde allí se analizan presuntas *desviaciones* o retrocesos.

Precisamente, la crítica cultural suele coincidir en plantear el proceso de *politización del intelectual* y de *ruptura social y cultural* dado en los años sesenta en América Latina como parte de una “modernización”. No son otras sino estas las conclusiones que podemos observar en el trabajo de Sigal: “[E]n la Argentina, la renovación cultural occidental coincidió con la ruptura política de 1955. Esto obliga a tener en cuenta, más

allá de la atmósfera de la época, el *sentido político particular que cobró la modernización en los años posperonistas*⁹. Similar lectura podemos encontrar en las páginas de Terán: “El proceso de modernización cultural posperonista introducía nuevos temas y preocupaciones, que no por menos espectaculares implicarían modificaciones menos significativas en el horizonte intelectual del decenio”¹⁰.

También aquí retomamos las conceptualizaciones de Omar Acha para problematizar tales propuestas. El autor llama a no obviar que la noción de “modernización” nace emparentada con la de “progreso”, y promulga que es preferible abordar los análisis desde una mirada menos condescendiente con las nociones “evolutivas” del capitalismo global, creadas como argumento de la inexorabilidad de los procesos sociales acaecidos, lo que fundamenta la razonabilidad de los mismos como condición “natural” del desarrollo social y no como resultante de la lucha de clases. Según Acha, es notorio que “al apropiarse del mundo, el capital se hace el porvenir del pasado, el futuro del presente para las situaciones donde todavía la lógica capitalista no ha sido inyectada del todo”¹¹. Ese proceso se apropia del término “modernización”, tan caro a los movimientos políticos desarrollistas de los años sesenta, sobre todo en el cono sur latinoamericano. Por eso, para este intelectual argentino, debemos modificar el punto de vista que asume lo ineluctable de los resultados político-sociales en los que estamos inmersos:

[L]a configuración de una historia universal en la cual los rasgos atribuidos al capitalismo (modernidad, democracia, progreso, libertad) constituyen términos de la conquista del planeta es el equivalente exacto de la dominación del capital como lógica social (...). Esa construcción capitalista de la historia es la historia desde el punto de vista del capital (...). La globalización capitalista tracciona los acontecimientos históricos hacia ella, como si condujeran a su triunfo final.¹²

Acha destaca que incluso desde el interior del pensamiento marxista en reiteradas ocasiones no se logra evadir el razonamiento teleológico y se

⁹ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), 84.

¹⁰ Oscar Terán, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993), 66.

¹¹ Idem, 137.

¹² Idem, 138-139.

toma el conflicto de clases como otra denominación para una “modernización” de la sociedad. De este modo: “Integrar a la clase obrera o a las mujeres, a los pobres o los migrantes, en el seno de las modernidades, de las configuraciones problemáticas de la modernización [resulta] el horizonte en que, en numerosas ocasiones, se reprimió una historiografía de izquierda sometida al herramental teórico progresista¹³.”

No era, justamente, el afán modernizador lo que motivaba las luchas sociales y políticas de los años sesenta y setenta en América Latina, sino su participación en una crisis civilizatoria, el quiebre—y rechazo—con lo establecido en los más diversos aspectos de la vida social, la búsqueda de una nueva manera de concebir a la humanidad toda; en definitiva, la revolución en su máxima expresión es lo que estaba en juego, no una suerte de *apuro* por no perder el tren de la historia—desarrollo capitalista al estilo de los países centrales que deberíamos alcanzar—en el cual las naciones periféricas se encontraban “retrasadas” en su deseo de modernidad y ello motivaba las disputas políticas. Esa vocación transformadora incluso cuestionaba la misma noción de “modernidad” y, por lo tanto, no necesariamente es factible de concebirse bajo los parámetros utilizados por el progresismo académico.

Volver a la fuente

Luego de este rodeo dado a través del término “modernización”, podemos retomar, para culminar, el concepto de “campo” en su origen. ¿Qué era el “campo” para Bourdieu? Dentro de la prolífica bibliografía referente a los intelectuales ha resultado sustancial su utilización como un espacio *relativamente autónomo* de producción de bienes simbólicos, lo cual fue establecido por el sociólogo francés en diversos textos de su extensa trayectoria. Como indicamos, múltiples ensayistas lo han utilizado—y lo siguen haciendo—para abordar un objeto de estudio de índole cultural. Entre ellos Claudia Gilman, quien subraya la utilidad de esta herramienta y la define del siguiente modo:

Lo que Bourdieu denomina campo intelectual es un espacio social diferenciado, que posee sus propias lógicas y sus sistemas de relaciones internas. El campo intelectual se vincula con la sociedad

¹³ Idem, 140.

en su conjunto a partir de un primer modo de organización en el que adquieren sentido los productos culturales, las trayectorias artísticas, las decisiones de los productores. Ese campo constituye un espacio de lucha y competencia, en el que cada uno de los miembros ve restringida la acción individual, en la medida en que está inserto en una organización que posee una legalidad particular y propia¹⁴.

No obstante, cabe establecer ciertos resguardos sobre esta definición, pues a un análisis de las prácticas culturales de una época le es tan imperioso el estudio de sus condiciones específicas de producción como su complementación con observaciones más abarcadoras respecto del conjunto social en el cual están inmersas. Es justamente Bourdieu quien precisa el concepto de *campo intelectual* y su *relativa autonomía* en el conjunto social en diversos ensayos. En “Campo intelectual y proyecto creador”, por ejemplo, señala:

Recordar que el campo intelectual como sistema autónomo o que pretende la autonomía es el producto de un proceso histórico de autonomización y de diferenciación interna, es legitimar la autonomización metodológica que permite la investigación de la lógica específica de las relaciones que se establecen en el seno de este sistema y lo integran como tal.¹⁵

La sociología de Bourdieu tiene como uno de sus propósitos declarados el lograr superar la dicotomía entre los análisis culturales en los que se excluye del estudio el contexto de producción y los que, por el contrario, extreman de tal manera la importancia de los condicionamientos sociales que la especificidad del acto concreto, único y original propio de toda producción cultural queda convertido en un mero subproducto de la historia. Es a partir de este posicionamiento que adopta la noción de *campo* como un espacio social común a un tipo de prácticas concretas que poseen características, valoraciones y leyes de funcionamiento propias a partir de las cuales diversos *agentes*—en el caso del campo intelectual, por ejemplo, los escritores, los editores, los críticos, etc.—e instituciones se relacionan y pugnan por establecer su dominio. De esta manera:

¹⁴ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XX, 2003), 16.

¹⁵ Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador” en *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Buenos Aires: Montessor, 2002), 17.

La sociología de la creación intelectual y artística puede rebasar la oposición entre una estética interna, que se impone tratar la obra como un sistema que lleva en sí mismo su razón y su razón de ser (...) y una estética externa que, muy a menudo al precio de una alteración reductora, se esfuerza en poner la obra en relación con las condiciones económicas, sociales y culturales de la creación artística (...). Los acontecimientos económicos y sociales sólo pueden afectar una parte cualquiera de este campo, individuo o institución según una lógica específica, porque al mismo tiempo que se reconstruye bajo su influencia, el campo intelectual les hace sufrir una conversión de sentido y de valor al transmutarlos en objetos de reflexión o de imaginación.¹⁶

Una sociología cultural como la que pretende desarrollar Bourdieu no descarta los *acontecimientos económicos y sociales* que *afectan* a los hechos culturales, sino que puntualiza cómo aquellos sufren *una conversión de sentido* a partir de la mediación que establece con ellos el campo intelectual, el cual obliga a tales acontecimientos a *funcionar* bajo su *lógica* interna. Esto le permite profundizar en las especificidades de las prácticas culturales sin poner en cuestión el carácter eminentemente social de las mismas. Como indica el investigador Adrián Pulleiro:

El concepto de campo nos permite avanzar en la comprensión de procesos de producción simbólica superando las limitaciones de los enfoques que conciben a los intelectuales como libres creadores o personalidades geniales, al tiempo que nos evita caer en lecturas mecanicistas que atribuyen esa producción a las determinaciones sociales más generales y compartidas por toda actividad productiva (...). Cuando hablamos de campo, nos referimos a un espacio de producción social que goza de una autonomía relativa—nivel de autonomía que siempre responde a situaciones históricas—respecto de los poderes económicos, políticos y religiosos.¹⁷

Allende el aporte teórico que puede generar lo expuesto en el terreno del análisis de producciones intelectuales, Pulleiro formula la advertencia de que las propuestas de Bourdieu respecto de la especificidad de los campos pueden llevar a nuevos planteos dicotómicos, por ejemplo, entre la práctica intelectual y la práctica política (cuestión esgrimida, como indicamos, en las propuestas de Sarlo, Terán, Sigal, Gilman y Ponza). Aunque el propio Bourdieu concibe la relación entre estos dos campos

¹⁶ Pierre Bourdieu, *Campo intelectual*, 50.

¹⁷ Adrián Pulleiro, “Aportes para pensar el papel de los intelectuales en la América Latina del siglo XXI desde la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” en *I Jornadas CCC* (Buenos Aires, 2010): 2.

como de *influencia mutua* al sostener que los aportes de los intelectuales deben servir al impulso de la acción política de la misma manera en que la lucha política debe inspirar nuevas prácticas de producción de conocimiento, el sociólogo francés afirma, también, la diferenciación entre ambos campos en términos de dos tipos de acción diversos que suponen peculiaridades irreductibles. Es por esto que Pulleiro plantea que así como funciona como concepto trascendente, al mismo tiempo, de las lecturas culturales *inmanentes* y de las *mecanicistas*, desde otra perspectiva:

La teoría de los campos puede constituirse en un corset si no se complementa con conceptos que dan cuenta de procesos más globales, que en todo caso atraviesan esos espacios relativamente autónomos (aunque nunca aislados), y posibilitan abordar los procesos culturales como procesos siempre conflictivos que involucran a toda la sociedad, más allá de los productores especializados.¹⁸

El riesgo, entonces, es asumir la concepción de campo como un prestigioso recurso académico que legitime un análisis de la actividad cultural cercenado de los acontecimientos sociales en los que está inmerso y que lo atraviesan de manera constitutiva en vez de utilizarlo como una herramienta para interpretar la presencia de lo social en los productos culturales sin por ello menoscabar su especificidad.

A su vez, si por un lado con la noción de campo se *supera* el determinismo social sobre el hecho cultural, el sesgo estructuralista de la propuesta de Bourdieu—un campo es un sistema de relaciones y posiciones preestablecidas que los diversos agentes compiten por ocupar, siendo lo más importante el lugar ocupado y no quién lo ocupa—puede llevar a pensar los condicionamientos internos del mismo bajo una lectura igualmente determinista y objetiva. Así, la noción de campo corre el riesgo de caer en aquello que pretende trascender, tanto la posición *objetivista*—ahora sería el campo lo que determina el accionar de los agentes, en lugar de los sucesos históricos o las pertenencias de clase—como la posición *subjetivista*—lo político se presenta como mera exterioridad del campo cultural de forma similar en que el subjetivismo aísla una obra o un autor de su contexto para no contaminar su pureza—.

¹⁸ Adrián Pulleiro, “Aportes para pensar el papel de los intelectuales”, 5.

El peligro se acentúa cuando esta distinción teórica entre campos que postula Bourdieu para indagar en las peculiaridades estéticas o culturales termina convirtiéndose en una característica real del objeto a investigar en el análisis de la crítica especializada, que de esta forma transmuta una metodología de investigación en rasgo del objeto investigado. Es decir, convierte un método con el cual indagar la realidad en la realidad misma. Aquí sí en sintonía con estos planteos pueden leerse las observaciones que Silvia Sigal expone en relación con la conceptualización de Bourdieu: “Considerar los bienes culturales como intrínsecamente ajenos a valores sociales y a la coyuntura política, si permite delimitar con nitidez el campo de una disciplina, borra, al mismo tiempo, la especificidad de lo ideológico y de lo político traduciéndolos como estrategias en la lucha por el poder cultural”¹⁹. De esta manera, según Sigal, para establecer este tipo de análisis “es necesario observar comportamientos, obras, instituciones o actores en función de su pertenencia a un sistema autónomo con reglas de consagración y de poder que le son propias, considerando lo político como *exterior* al campo cultural”²⁰.

Pero, más allá de la obviedad respecto de la distinción entre el establecimiento de pautas específicas para los campos cultural y político como espacios sociales con lógicas y particularidades propias, cabe preguntarse: ¿es por esto lo político *siempre* externo a lo cultural? ¿Pueden pensarse *todos* los acontecimientos sociales y políticos irreductiblemente fuera del sistema de relaciones “específico” de un determinado “campo”? ¿*Obligatoriamente* un acontecimiento social se transforma al participar de un campo determinado? ¿Lo político y lo ideológico son *en forma inevitable* meras estrategias en la disputa por el poder cultural o pueden constituirse en un momento particular del desarrollo diacrónico de un campo—es decir, de las particularidades de una disciplina—, en parte de su especificidad? ¿La politización de la cultura, pongamos por caso, de los sesenta y setenta, fue una *invasión* política sobre otro campo o una nueva configuración del mismo como parte de un mundo en transformación y, en

¹⁹ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder*, 18.

²⁰ Idem, 17.

algunos países, en revolución? ¿Qué implica suponer *escindidas* la cultura y la política? ¿Qué concepto de cultura, de política y de intelectualidad se ponen en juego en estas propuestas? Responder estas preguntas necesariamente requiere profundizar en problemáticas ajenas a este trabajo. Sin embargo, constituyen parte de los dilemas en los que se inserta el mismo.

Un complemento a tono con la especificidad de la teoría de los campos de Bourdieu puede encontrarse en el concepto gramsciano de hegemonía, que permite dar cuenta de los procesos sociales que atraviesan los diferentes campos y de ciertas conductas que los exceden y que, influyendo sobre los mismos, no pueden explicarse meramente a través de ellos. Eso es lo que propone Pulleiro:

A la hora de analizar las prácticas de producción simbólica y el papel de los intelectuales en las sociedades de clase, el concepto gramsciano de hegemonía sigue apareciendo como fundamental para darle un mayor poder explicativo al análisis (...). La historia social de los campos de producción simbólica supone un aporte valiosísimo para la comprensión de lo más específico de los comportamientos de los actores involucrados en esos procesos y para evitar caer en enfoques idealistas y mecanicistas. Pero no llega a explicar los procesos sociales que atraviesan los diferentes campos y hacen que en determinadas situaciones históricas esas esferas se contaminen más o menos. Tampoco ciertas conductas y valoraciones que van más allá de los campos de producción específica²¹.

Estas *advertencias* deben ser tenidas en cuenta, más allá de que el propio Bourdieu haya aclarado en sus trabajos que los campos no son independientes del todo social que componen, pues para él un estudio de estas características adquiere pleno sentido “sólo una vez conocidas las condiciones históricas y sociales que hacen posible la existencia de un campo intelectual [al] captar *en acto* la totalidad concreta de las relaciones que integran el campo intelectual como sistema”²².

Conclusiones tentativas

²¹ Adrián Pulleiro, “Aportes para pensar el papel de los intelectuales”, 5.

²² Pierre Bourdieu, *Campo intelectual*, 17.

Partiendo de estos debates, podemos establecer la vigencia de un concepto como el de “campo”, que permite indagar en la especificidad de nuestros objetos de estudio y discutir, al mismo tiempo, la presunción de independencia con la que se pregona una supuesta *contaminación* de la *pureza* de la actividad intelectual ante cualquier contacto o establecimiento de vínculos con lo que genéricamente denominamos *la realidad política o social*, en el sentido en el cual si bien no es posible ignorar la lógica propia a un saber particular, tampoco se debe traducir todo solamente a sus términos. Pero, si bien esto es algo aceptado por el conjunto de la crítica, muchas veces *se olvida* a la hora de comenzar a realizar análisis concretos, y en éstos se abordan los objetos de estudio con una inmanencia negada en toda fundamentación. Por esto es que retomamos las posturas de Omar Acha y de Néstor Kohan, quienes, cada uno a su modo, cuestionan un uso del “campo” que tiende cada vez con mayor énfasis a tomarlo como una “descripción” acrítica de una situación presuntamente dada en la realidad según la cual es imperioso deslindar lo político de lo cultural apelando a la búsqueda de una mayor *profundidad* teórica. Así, en lugar de complejizar un análisis, esta noción bourdieureana se convierte en un pretexto que permite mutilar el estudio cultural respecto de lo social.

Afirmamos, en este sentido, que las producciones intelectuales son realizadas por miembros de una sociedad determinada en una época dada que tiene sus conflictos coyunturales sumados a los de más larga duración, sus modos o propuestas para resolverlos, sus debates, y genera sus condiciones de producción, circulación y recepción, por lo que la particularidad del campo, analizada según las normas que lo configuran, no puede agotarse en su estudio peculiar ni en el de su tradición, sino en una relación con el todo social en que está inserto, que permite su constitución y que lo cruza de manera constante.

Bibliografía

- Acha, Omar. *Un revisionismo histórico de izquierda*. Buenos Aires: Herramienta, 2012.
- Bourdieu, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor, 2002.
- Cohen Imach, Victoria, *De utopías y desencantos, campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, 1994.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Kohan, Néstor, *La rosa blindada, una pasión de los '60*. Buenos Aires: Ediciones La Rosa Blindada, 1999.
- . “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” en *Crítica y Teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, agosto 2006.
- Ponza, Pablo, *Intelectuales y violencia política 1955-1973*. Córdoba: Babel, 2010.
- Pulleiro, Adrián, “aportes para pensar el papel de los intelectuales en la América Latina del siglo XXI desde la sociología de Pierre Bourdieu” en I Jornadas del CCC. Buenos Aires: CCC, 2010.
- Said, Edward, *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Sarlo, Beatriz, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” en *Punto de Vista* N° 25 (VII). Buenos Aires (diciembre de 1985): 1 a 6.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993.
- . *De utopías, catástrofes y esperanzas: Un camino intelectual*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2006.
- . (COMP) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2004.